

Duplico
2

400840
MADE IN SPAIN

POESÍAS PREMIADAS

EN LOS

JUEGOS FLORALES,

CELEBRADOS

POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA
DEL LICEO DE ESTA CIUDAD,

EL DIA 29 DE NOVIEMBRE DE 1857,

PRECEDIDAS

DE LOS DISCURSOS PRONUNCIADOS POR EL PRESIDENTE GENERAL

DE LA MISMA

Y EL DEL JURADO DE CALIFICACION,

Y DEL ACTA DE LA SESION CITADA.

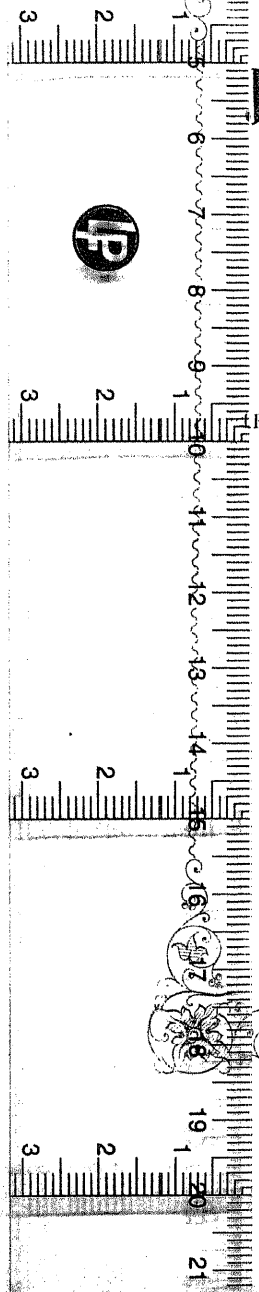


GRANADA.

IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

1857.

C
73
14(2)



Duplicado 2

POESÍAS PREMIADAS

EN LOS

JUEGOS FLORALES,

CELEBRADOS

POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA
DEL LICEO DE ESTA CIUDAD,

EL DIA 29 DE NOVIEMBRE DE 1857,

PRECEDIDAS

DE LOS DISCURSOS PRONUNCIADOS POR EL PRESIDENTE GENERAL

DE LA MISMA

Y EL DEL JURADO DE CALIFICACION,

Y DEL ACTA DE LA SESION CITADA.

GRANADA.

IMPRESA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

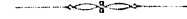
1857.

C
73
14(2)

POESÍAS PREMIADAS

EN LOS

JUEGOS FLORALES.



POESÍAS PREMIADAS

EN LOS

JUEGOS FLORALES,

CELEBRADOS

POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA

DEL LICEO DE ESTA CIUDAD,

EL DIA 29 DE NOVIEMBRE DE 1887,

PRECEDIDAS

DE LOS DISCURSOS PRONUNCIADOS POR EL PRESIDENTE GENERAL

DE LA MISMA

Y EL DEL JURADO DE CALIFICACION,

Y DEL ACTA DE LA SESION CITADA.

GRANADA.

—
IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

1887.

ACTA

DE LA SESION PÚBLICA DE ADJUDICACION DE PREMIOS.

En la ciudad de Granada, á 29 de Noviembre de 1857, se reunieron en el salon de sesiones del Liceo la mayor parte de las Autoridades, Académicos, Socios de dicho Liceo y personas notables, que fueron invitadas, bajo la presidencia de la Sra. D.^a María de los Angeles Conchillos de Abarrátegui, que con las Sras. D.^a Juana Artacho de Paso, D.^a Esperanza Hernandez de Gonzalez Andrés, D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez, y las Señoritas D.^a Rogelia Leon y D.^a Eduarda Morales Moreno, formaban la Junta de Señoras, que á imitacion de las antiguas Córtes de Amor, debia en este acto entregar las flores en que consistian los premios ofrecidos por la Academia á los poetas que las obtuvieran. Á su derecha se hallaba el Jurado de calificacion, presidido por el Sr. D. Nicolás de Paso y Delgado, y compuesto además de los Sres. D. Policarpo Santistéban Morales, D. Manuel Moreno Gonzalez, D. Antonio María Gomez Mautute y D. Raimundo Gonzalez Andrés, como Secretario; no habiendo asistido los Sres. D. Nicolás de Roda y D. Federico Fernandez de San Roman, por encontrarse aquel enfermo, y ausente éste en Madrid, desde que terminaron las sesiones del mismo Jurado. Y ocupando la izquierda de las Señoras, se hallaba la Junta Central de Gobierno de la Academia, constituida por los Sres. D. José Moreno Nieto, Presidente general, que lo es á la vez de la Seccion de Ciencias Filosóficas; D. Antonio Coca, de la de Ciencias Naturales; D. Francisco Novel, Consiliario primero de la de Jurisprudencia, por imposibilidad de su Presidente D. Nicolás de Paso y Delgado; D. José Salvador de Salvador, que lo es de la de Literatura, y el infrascripto.

Abierta la sesion, la Señorita D.^a Clara Bosch, discipula del profesor D. Baltasar Mira, tocó en el piano una cavatina de la Traviata, y la Señorita D.^a Josefa Lopez Oviedo, discipula tambien del mismo, una fantasía brillante sobre la Rose de Peronne.

El Sr. D. José Moreno Nieto leyó el discurso que se inserta á continuacion de esta acta, y despues el Sr. D. Nicolás de Paso y Delgado, á nombre del Jurado, lo hizo del que tambien se copia en su lugar oportuno; siendo su fallo que, de los nueve cantos á LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA y de las quince odas á LA ESPERANZA, que se habian presentado, y de cuyos lemas se hará mérito tambien, solo se habian conceptuado dignas de la rosa de oro, ofrecida para »La Esperanza», la oda que llevaba por lema el siguiente versículo del Eclesiástico: »*Felix, qui non habuit animi sui tristitiam, et non excidit à spe sua* (cap. XIV, v. 2), y de la de plata la que estaba marcada con los siguientes versos de Campoamor:

*Tan grande es tu poder, tu hechizo es tanto,
que tu hermosura es tu menor encanto!*

Terminado el juicio de calificacion, se procedió por el infrascripto á la apertura de los dos pliegos en cuyas cubiertas se leian los anteriores lemas, entregándolos despues de abiertos al Sr. Presidente general, quien leyó los nombres de D. JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR, como autor de la primera oda, premiada con la ROSA DE ORO, y de D. ANTONIO CORZO Y BARRERA, que lo era de la que habia obtenido la de PLATA.

Los pliegos que contenian las firmas respectivas á las demás poesías no premiadas, fueron en el acto inutilizados por el Sr. Presidente y el que suscribe.

Hallábase presente el D. José Salvador de Salvador, y obtuvo la rosa de oro de manos de la Sra. D.^a María de los Ángeles Conchillos de Abarrátegui, y no estándolo D. Antonio Corzo y Barrera, ni persona alguna con autorizacion para ello, recibió en su nombre la que le correspondia, de la misma Señora, el infrascripto, como Secretario general.

En seguida el mencionado Sr. Salvador leyó desde la tribuna su oda, que se publica á continuacion, y el Secretario del Jurado D. Raimundo Gonzalez Andrés la del Sr. Corzo Barrera, que tambien aparece inserta.

Con lo cual se terminó la sesion, de que certifico.—JOSÉ GARCIA, Secretario general.

DISCURSO

DE D. JOSÉ MORENO NIETO,

PRESIDENTE GENERAL DE LA ACADEMIA.

SEÑORES:

Esta ilustre Corporacion, que por instituto propio debe atender solícita al acrecentamiento de las ciencias y del arte, ha tenido el honor de preparar esta gran justa literaria, y convocar á ella á los poetas de nuestra gloriosa España. Á la vez que llena un deber, cree con esto responder á una de las grandes necesidades de la época. Porque en estos tiempos trabajados por los frenéticos anhelos de las pasiones, y en que el deseo, ó si decimos, el ansia de gozar, lleva á las generaciones como en arrebatada corriente á la posesion de los bienes materiales; cuando se ve con dolor cubrirse de sombras aquellas altas regiones del alma, en que residen las ideas levantadas, los afectos purísimos y las aspiraciones generosas; cuando en medio de las grandes magnificencias del genio moderno, y de sus grandes invenciones, y de sus prodigiosos descubrimientos, sentimos moverse en el seno de la sociedad no sé qué espíritu de corrupcion y de miseria portador de gérmenes de decadencia; cuando, en fin, por el olvido de la moral y de la disciplina de los apetitos se ve al hombre descender de su alteza, y con él descenden los gustos, y los respetos, y las costumbres, y las artes, y digámoslo de una vez, todo descende de lo contemplativo á lo positivo, de la honra al provecho, del espíritu á la materia, de la abnegacion al

egoismo; en estos tiempos, Señores, son necesarias estas reuniones, para que el alma humana suba á lo alto de la montaña á contemplar en idea y sentimiento lo eterno, lo inmutable, lo infinito, y en alas de la poesía, y al compás de sus armonías misteriosas y sublimes, tome vuelo hácia la region de sus verdaderas grandezas.

¿Y qué temas mas adecuados al intento, que la Batalla de las Navas de Tolosa, y la Esperanza? La de las Navas de Tolosa, es decir, la batalla que decidió para siempre en nuestro suelo de la suerte de dos razas y dos civilizaciones: la Esperanza, ese perfume de la vida, esa palabra que lleva escondidos todos los consuelos y todos los encantos. Permitidme me detenga un momento á hablar primero de aquel grande hecho histórico, y luego de esta gran idea, que es á la vez un sentimiento grande.

La Batalla de las Navas fué, Señores, la gran jornada de esa sin igual, magnífica y heroica epopeya, llamada de la Reconquista. Despues de aquel para siempre tristísimo y lloroso dia de la rota de Guadalete, que Alfonso el Sabio solemnizó en su crónica inmortal con la melancólica y sublime elocuencia de Isaías, habríase dicho que la España quedaba para siempre hundida en ese gran sepulcro donde han bajado tantas naciones conquistadas, tantas civilizaciones destruidas. ¡Tal fué su desastre y tan grande su caída! Habíanse recogido empero al abrigo de los montes de Asturias las reliquias de los vencidos, y allí, aunque pocos, pobres y oscuros, acometieron la fabulosa empresa de reconquistar el territorio que profanaban con sus plantas los sectarios de la Media-luna. Y empezaron á caminar arma al brazo, y caminaron de Norte á Mediodía, trasponiendo montañas, corriendo los llanos, entrando á saco fuertes ciudades, siempre avanzando, no sin quiebras, es verdad, y grandes derrotas, sobre todo en los tiempos de aquel campeón de los Árabes apellidado Almanzor; pero al cabo avanzando siempre confia-

dos, hasta que llegaron fatigados y polvorosos á las cumbres de Calatañazor, donde humillaron la arrogancia del hazañoso caudillo musulman, y vieron tendido á sus plantas el imperio Umeya, que habia llenado el Occidente y el Oriente con la fama de su grandeza. Y cuando despues entraron triunfantes en la antigua córte de España, la imperial Toledo, pudieron creer, que roto y hecho trozos el Califato Árabe, habia llegado ya el dia de entonar el Te-Deum de la victoria en los templos de Sevilla y de Granada.

Mas, por nuestra mala suerte, el África que, como se ha dicho con razon, fué en aquellos tiempos para nuestra tierra lo que el Norte para Roma, es decir, semillero inagotable de hordas salvajes, que se iban unas á otras empujando como las olas del mar, envió para combatirnos ejércitos innumerables de feroces guerreros, que pusieron la monarquía cristiana en trance de muerte, primero en Zalaca y en Alarcos, despues en las Navas de Tolosa. El dia de esta última batalla fué para nuestra gente el del gran peligro. Allí cerca de esa cordillera de Sierra Morena, que solo habian pasado una vez como de corrida los cristianos desde el vencimiento de D. Rodrigo, acampaba el ejército mas formidable que se reuniera jamás contra ellos. Allí habia innumerable muchedumbre de tribus, razas, gentes; allí estaba el africano fanático feroz, que á la voz de su Imam, que proclamaba la guerra sagrada, habia salido del desierto montado en su corcel de guerra ansiando borrar hasta el nombre cristiano. Esta vez no venia solo á defender sus fronteras, ó á emprender una de esas campañas de primavera ú otoño, en que rápido hacia entradas en nuestras tierras, para destruir ciudades, asolar los campos y volver cargado de esclavos y botin: era una guerra á muerte al cristiano: era sino el grande esfuerzo que el fanatismo musulman hacia para acabar de una vez con la valerosa vanguardia de la Europa cristiana.

Tan terrible cruzada llenó de espanto toda la Peninsula, y aun alarmó la Europa, tanto, Señores, que el Romano Pontífice ordenó un ayuno general de tres dias para llamar la proteccion del cielo sobre la cristiandad amenazada. Los príncipes españoles se presentaron á la pelea, y juntos el de Navarra y Aragon al de Castilla, que acaudillaba las tropas, marcharon al encuentro del enemigo. Ya están en las Navas de Tolosa: allí va á decidirse si la España ha de ser señora ó esclava, si ha de vencer el Evangelio ó el Koran.

Era un dia hermoso, empezaba á teñir suave la aurora el horizonte, y el cristiano arrodillado ante un sencillo altar colocado en medio del campo invocaba fervoroso el favor del cielo, mientras el mahometano recitaba confiado versículos de su libro sagrado. Poco despues se oye el ruido del combate; chócanse furiosas en medio de grande estruendo las haces enemigas; pero apenas trabada la lucha, el español quebranta, rompe, desordena el ejército enemigo. Ved al moro huir por aquellos campos que serán su sepulcro; vedle caer á los golpes de la lanza de los cristianos. ¡Gloria á los héroes españoles! ¡Gloria al Dios de los ejércitos, que abatió ese dia para siempre en España el poder de la Media-luna! Nunca se levantará ya. Si aun guarda ricas y pobladas ciudades en fértil suelo, tan solo aguarda que el cristiano llame á sus puertas para entregarlas: así que cuando á poco asoman en son de guerra Jaime I y San Fernando, el uno por Oriente, el otro por el Mediodía, muy luego planta aquel el pendon de San Jorge en las torres de Mallorca y de Valencia, y enarbola éste el estandarte de Santiago en los alminares de las grandes mezquitas de Córdoba y Sevilla. Y á no haber pedido el moro de rodillas vivir aun algunos años cual vasallo retirado en Granada, hubiera tambien en esos dias ondeado en la poética ciudad el glorioso pendon de Castilla. Venid pues, poetas, á cantar aquella gran batalla, que dió en tierra con el poder musulman y

libertó para siempre de oprobiosa esclavitud á nuestra patria.

Venid y cantad tambien la Esperanza. ¡La Esperanza! ¿Sus gustosos encantos, sus sabrosas delicias, quién decir las podrá? ¿No es verdad que es ella la luz de nuestros ojos, la armonía de nuestros oidos, el perfume y el prestigio de nuestras almas? ¿Qué sería sin ella la vida; la vida que es como breve jornada que va por camino de abrojos, por senda de ásperas quiebras y agrias subidas, y empieza por amargo y deshecho llanto, y acaba por pálida y fúnebre agonía?

Hay, bien lo sabeis, una fantasía pavorosa de Byron titulada Las Tinieblas. Figura en ella el poeta al mundo rodeado de inmensa oscuridad: el brillante sol se habia extinguido: las estrellas, despojadas de sus rayos, erraban á la ventura en la oscuridad en medio del espacio: la tierra, ciega, falta hasta de la luna, estaba suspendida en una atmósfera tenebrosa: las montañas, las llanuras, los valles, frios y yertos: las riveras, los lagos y el Océano mudos y en calma: nada turbaba el silencio de sus profundidades: las olas estaban muertas: yacian como en una tumba. En medio de este teatro sombrío vagaba el hombre anhelante en busca de la luz, y triste, macilento, moria de casancio, de hambre, de frio, de terror. El silencio de la muerte y el horror de la desolacion vagaban por el mundo. ¿Quereis saber lo que sería la tierra sin la Esperanza? Pues sería eso que nos pinta Byron en Las Tinieblas: noche sombría y pavorosa bajo un cielo sin sol ni astros, que pesaria sobre la tierra como losa de mármol negro sobre una tumba. Disipad de pronto la oscuridad de esa noche, alumbrad el mundo con grandes resplandores, dad á los campos sus gratas bellezas, á los bosques sus sombras suaves delicadas, á los mares sus ruidos turbulentos, á los cielos sus grandes magnificencias; haced que el aire lleve en sus alas perfumes suaves delgados, que circule la vida po-

tente por do quiera, y que de los sitios do moran los hombres se eleven al cielo concertadas armonías en son de placer y de contento; y tendreis una idea de lo que hace la Esperanza. Habrá aun con ella dolores y angustias en el mundo, correrán siempre abundosas lágrimas. ¿Y cómo no? ¿No somos hijos del hombre, que envejece y muere? No estamos dentro del tiempo, que se lleva nuestros dias cual del árbol las hojas se lleva el viento de otoño? Pero Señores, la vejez, esa universal y suprema decadencia; la muerte, esa universal y suprema catástrofe, se templan y pierden sus negras tintas con una idea que nos trae la Esperanza, la inmortalidad. Por ella la vejez con sus miserias y sus quebrantos no es, sino lo que las fatigas para el viajero que sube afanoso la cuesta de empinada montaña, desde cuya cima va á ofrecerse á sus ojos un horizonte lleno de maravillas, y la muerte no parece al hombre el ocaso del sol que oculta para siempre su lumbre, sino suave aurora que anuncia un nuevo y esplendoroso dia.

Y notad, Señores, que aun no he hablado de la Esperanza sino mirándola como un consuelo y un encanto, y ella es además impulso que mueve, resorte que da energía. Para reducir á la nada el hombre, para sofocar su vitalidad, basta decirle no puedes; ponédle, por el contrario, delante un ideal, decidle que le es dado alcanzarle, y desde este momento le vereis levantarse animoso y pronunciar, alta la frente, la palabra de los conquistadores, vamos.

Mas al llegar á este punto, ó sea al del poder que tiene la Esperanza, dejemos al hombre para pensar en la humanidad. En su historia es donde debe verse el poder de la Esperanza; en su historia, que es una série de creaciones y de trasformaciones, de decadencias y renacimientos; una larga y trabajosa expedicion de las generaciones en busca del vellocino de oro de la civilizacion. Hace mas de seis mil años partió del Oriente cargada con el inmenso pe-

so de sus destinos: ha visitado como en peregrinacion los pueblos escogidos de la historia, pidiendo á todos anhelante la palabra del enigma, y escapándose de los que morian sin contestarla para presentarse ante los que nacian á la vida; y pasando por la China, la India, la Persia, el Egipto, y despues por Grecia y Roma, y la Judea y la Arabia, ha llegado hasta nosotros, que somos los últimos pueblos del Occidente del antiguo mundo, tropezando á su paso con luchas de razas, encuentro de naciones, escombros, opresiones, flotas de bárbaros, diluvios de sangre. ¿Ahora bien, Señores, qué habria sido de la humanidad si para tanta fatiga no hubiera tenido la Esperanza? Deducidlo de lo que nos muestra la historia de los pueblos. Los que no calentaron su espíritu con el santo fuego de la Esperanza, sentáronse en medio de su camino, y envuelta su cabeza en lúgubre manto, esperaron tranquilos ó perdurable esclavitud ó vergonzosa y temprana muerte. ¿No veis el Oriente, y sus ruinas, y sus sociedades lánguidas, inmóviles, estadizas? De ellas huyeron tiempo há las ideas que renuevan, los impulsos que vigorizan, la esperanza que vivifica. Por eso no viven aunque duran, y su voz no suena entre el ruido que se levanta en el mundo. Ved ó si no un ejemplo mas insigne en ese pueblo, que es como el último representante del antiguo mundo, el que aparece al fin de las edades paganas recogiendo la herencia de las antiguas naciones, el Romano, Señores. Vedle en sus primeros tiempos siempre en pié luchando, ora en esa contienda memorable en que anduvieron á brazos por siglos los patricios y plebeyos, ora en aquellas guerras que emprendieron con las razas y pueblos entonces conocidos, y que llevaron su imperio tan lejos, que tenia por aledaños de un lado la mar, de otro lado los desiertos. ¿Por qué entonces en Roma tanta actividad y grandeza tanta? Porque eran los tiempos en que tenia fe y confianza en su destino, y la esperanza de que habia de cumplir aque-

lla gran mision que le indicaba el mas grande de sus poetas, cuando dirigiéndose á él lleno de entusiasmo le decia:

Tu regere imperio populos Romane memento.

Poco despues de esa brillante época, que oyó los cantos de ese poeta mezclados á los acentos de agonía de la gran república, Roma se sintió tocada de vagos temores; tristes presentimientos anublaron su espíritu, y al fin perdió la Esperanza, pues hasta se decia que cruzando sus bajeles el mar habian los marineros oido en medio de la tempestad una voz que decia: Los Dioses han muerto. Vedla ahora cuando perdió su esperanza: reclinada triste sobre el escudo, dejó caer al suelo la espada que habia herido las naciones; desfallecido su corazon, corrompido su espíritu, puso su gobierno en manos de aquellos monstruos, que llevaron el nombre de Tiberio y Calígula, Neron y Domiciano, cayó en todas las miserias, en todas las bajezas, en todas las prostituciones, hasta perdió el instinto de la vida, y un dia llegó en que así era su cuerpo como cadáver corrompido, que se descomponia á pedazos infestando los aires.

Por dicha, Señores, en aquella hora venia al mundo la civilizacion cristiana, que estaba destinada á llevar en su corazon la Esperanza, como habia de llevar en sus hombros la obra de la humanidad: así que, mientras los paganos oprimidos por el despotismo de los Césares, y conturbados por las sangrientas avenidas de los bárbaros, reniegan de la tristísima época en que vivian, y convierten sus ojos llenos de lágrimas hácia el pasado, que ven alejarse de ellos cada vez mas con su poder y con su gloria, los cristianos animados por aquel aliento de Esperanza, que circulaba por los aires desde que se oyó sonar la buena nueva, dirigen sus miradas confia-

dos al porvenir, y divisan ya en medio del polvo de las ruinas y entre el fragor de las batallas la aurora de dias de grandeza, de gloria y bienandanza. Sin la Esperanza apenas le habria sido dado á esa civilizacion poder desplegarse á la luz del sol. Sobre ella vinieron al nacer todos los males: vinieron grandes tempestades, invasiones terribles, guerras, odios, asolaciones, ignorancia, barbarie. Y de todo salió triunfante: calmó las tempestades, detuvo las invasiones, aplacó los odios, suavizó los corazones, disipó la ignorancia, organizó instituciones, y del medio del gran caos hizo brotar naciones lozanas y poderosas. Y al acabar su primera jornada, que duró todo ese tiempo llamado edad media, tiempo de fe y espíritu religioso, sin hacer estacion, se lanza conducido por nuevo espíritu y nuevas Esperanzas á otros trabajos y otras conquistas, y marchando al través de los mares, descubre nuevos mundos, desmonta bosques seculares, funda ciudades populosas, civiliza y llama á nueva vida razas bárbaras que paseaban hacia siglos por los desiertos su indolencia. Y aun exuberante de libertad y de vida, quiere afanosa desplegar su actividad, y aplicar sus juveniles fuerzas á grandes y variadas empresas, y ensancha el círculo de las ciencias, agranda y multiplica la industria, y por último, quiere transformar la sociedad removiéndola hasta sus cimientos.

Érase entonces el último tercio del pasado siglo. ¿Hubo jamás época alguna que tuviera mas confianza en su fuerza, ni hallase mas rica su alma de promesas y esperanzas? Vuelta la cara al porvenir, y sintiendo hervir su cabeza al calor de grandes ideas de reforma, lanzóse confiado á la tarea de renovar la sociedad, y amasarla y fundirla en el molde de sus aspiraciones y sus intentos. Vosotros habeis visto esa historia, que se encierra en estas palabras: el primer dia la idea predica, lucha, se propaga; al dia siguiente se encarna en los hechos, y luego al punto aparece una sociedad nueva,

una Europa nueva, un mundo nuevo. Al ver esa obra de sus manos, todo era al principio en el hombre alegría y contento: las dichas cantadas por los poetas creíanse llegadas, y próximas parecían las grandezas forjadas en su mente por los mas atrevidos pensadores. Mas ¡hay! que muy pronto salió el desengaño al paso á nuestras ilusiones: esa nuestra tan decantada obra la hemos visto vacilar: las instituciones á que se habia prometido la eternidad, han venido á veces al suelo, cual edificios contruidos sobre arena y batidos por el huracan, y en vez de la esperada paz y bienandanza hemos visto ásperos estremecimientos, grandes convulsiones, terribles cataclismos. ¿No recordais aquel terrible y pavoroso del 48; de ese año, en que como cráteres de hirviente volcan fueron estallando con inmenso estruendo en todas las capitales de Europa aquellas revoluciones, que amenazaban herir la sociedad con los mil rayos de una destruccion total definitiva? Desde ese dia, Señores, la confianza se ha trocado en temor, la alegría en tristeza, la esperanza en desencanto. ¿Cuántos no hemos visto, ayer cantores del progreso, hoy profetas de ruinas? ¿Cuántos ayer se levantaban confiados cantando la libertad, el porvenir, la humanidad, y hoy desfallecidos dejan escapar solo ayes de profundo desaliento? Uno hay sobre todo, magnífica personificacion de todas las grandes ideas del siglo, de todos sus deseos y esperanzas, el que no há mucho saludaban todos como el poeta del porvenir, el que puesto al frente de un país, hijo predilecto de la civilizacion, llamaba las naciones á la libertad, entonando himnos de victoria al poder del hombre, y á sus conquistas y á su destino, Lamartine, Señores: ese hombre no há mucho, echando una mirada triste sobre las cosas humanas, en medio de doloridas quejas y sentidos lamentos que recuerdan los de Job, ha dejado escapar esta frase desconsoladora:—El progreso es una mentira. Y esas palabras y otras parecidas que todos los dias lleva el

viento que pasa, y la derrota de las ideas, y la esterilidad de las revoluciones y las reformas, y la vista de frecuentes apostasías, abaten los caractéres, y enervan los espíritus; y lo que es peor, Señores, la juventud, esa eterna esperanza de las sociedades, á poder hoy de tristes influencias, que sufre á pesar suyo, se la ve casi desfallecida y escéptica cuando llega á la gran crisis de la vida, y en vez de consagrarse á la constante y viva investigacion del bien y de la luz, y de seguir con caloroso ardor en la obra de su perfeccion y la de la sociedad, llevando delante la hermosa divisa de *excelsior*, murmura en el fondo de su corazon aquellas palabras de gocemos y descansemos.

¡Poetas! levantad nuestra Esperanza: despertad con vuestros acentos, sobre todo en las almas jóvenes, la confianza en el porvenir y en el progreso; despertad la aficion á lo bello y á lo santo; provocad con vuestros acentos el culto de las tradiciones del espíritu, el gusto de las luchas y trabajos desinteresados, y hasta esas ferezas y altiveces que nacen de instintos varoniles. Hacedlo, sí, y entre otros premios recibireis aquí de mano de las bellas la rosa primorosa, recibireis los plácemes de este público ilustrado, y si os dignais admitirle tambien, el humilde homenaje de respeto que desde el fondo de mi corazon os envío.

DISCURSO

DEL Sr. D. NICOLÁS DE PASO Y DELGADO,

PRESIDENTE DEL JURADO DE CALIFICACION.

SEÑORES :

El Jurado, que sin merecimiento de mi parte y solo por la benevolencia de sus dignos individuos, tengo la honra de presidir, nombrado por la Academia de Ciencias y Literatura del Liceo de esta Ciudad para juzgar las obras presentadas por los poetas que se han servido concurrir á este noble certámen, está en el caso y ha tomado el acuerdo de dar pública cuenta á la corporacion que le ha dispensado su confianza, del resultado de sus tareas y los motivos de sus calificaciones. Esta manifestacion, sin embargo, solo se puede hacer en cuanto sea compatible con el sigilo impuesto por la Academia, para no herir alguna susceptibilidad, ni ejercer un derecho de censura, que si fuese ilimitado, podria ser peligroso.

Los asuntos señalados en el programa de 29 de Junio de este año: la Batalla de las Navas de Tolosa y la Esperanza; el primero desempeñado en un canto épico en octavas reales, y el segundo en una oda de estancias regulares; de suerte que se pedian una pequeña epopeya y un poema lírico. Tened, Señores, la bondad de oír la razonada opinion del Jurado sobre las veinte y cuatro composiciones de una y otra clase que le han sido sometidas; á fin de que, si por ventura os pareciere que su fallo es severo, compren-

dais que ha procedido con bastante conocimiento de causa; de un modo estrechamente concienzudo y detenidamente reflexivo; con la mayor imparcialidad y la mas completa justicia.

Empecemos por la Batalla de las Navas.

Poema, en general, como palabra que (segun es sabido) se deriva de *poiéma*, sustantivo formado del verbo *poiëo* (yo hago, yo créo ó invento), quiere decir lo mismo que obra ó creacion del entendimiento y de la imaginacion, sujeta á reglas determinadas que son esencialmente las del buen gusto. No es posible llamar poema á la narracion prosáica, por mas que en ella resulten las sílabas medidas y rimados los versos; y con doble razon sería un error imperdonable entre personas ilustradas conceder los honores de la epopeya á un escrito sin elevacion, sin pompa y sin aquellas cualidades propias del canto *épico*: adjetivo que (como es notorio) viene de *épos*, voz que significa *palabra, verbo*, y procede de *épó* (yo hablo, yo cuento ó refiero), porque en realidad el poeta épico refiere, así como el dramático representa, las acciones humanas y los acontecimientos de la vida. Las relaciones poéticas, y con mas especialidad las que caen bajo la jurisdiccion del poema épico, que es al que ahora nos concretamos, distan mucho de las del orador y el historiador, los cuales reciben su asunto hecho y en cierto modo concluido, y no pueden poner de su invencion ni aun el orden de los sucesos: como no sea en algunas hábiles trasposiciones que adopten, ó algun artificio que estimen oportuno emplear, para dar enlace al hilo de los acontecimientos momentáneamente interrumpido. El historiador y el orador, Señores, no tienen facultades para crear sino los movimientos, las reflexiones, el estilo, y por decirlo de una vez, las formas: por el contrario, el poeta inventa su obra en totalidad; concibe una idea fundamental y primera, que domina en todo el plan que se traza; la desenvuelve en una accion sostenida; la

adorna con los accidentes que le parecen del caso; dibuja los caracteres, pinta las pasiones, produce los contrastes y no cesa de *crear* en el extenso terreno de la fábula con el hermoso recurso de la imitación del natural.

El objeto de la epopeya, la cual no es otra cosa sino el mismo poema épico, debe ser una verdad moral, ó una fuerte pasión, encarnada en un hecho, por lo regular histórico, de considerable magnitud y fecundo en consecuencias. Su acción ha de ser, por lo tanto, una; por más que no se observen las otras unidades de tiempo y de lugar; y en toda la composición es necesario atender á tres puntos principales, que son: el plan, los caracteres y el estilo. Bien se alcanza cuántas dificultades hay que vencer para escribir dignamente la epopeya; y aun cuando la Academia de Granada no exigía una de grandes proporciones, ó por mejor decir, no quería un poema de esta clase completo y de mucha complicación, al menos era preciso que el *canto épico*, que en el programa se pedía, reuniese las condiciones de tal, y no fuese una mera narración histórica, engalanada con algunas imágenes, ó una relación más ó menos poética y mejor ó peor rimada, pero que no correspondiese al género señalado, por estar falta de plan, sin caracteres y escrita en un estilo que careciera de la energía, precisión y elegancia que convienen á este linaje de composiciones.

El asunto señalado por la Academia del Liceo se prestaba, Señores, á la epopeya con toda su robusta entonación; por cuanto si en sí mismo no es una epopeya acabada, es una parte de la sublime Iliada de ocho siglos, que comenzó en las montañas de Asturias, y concluyó en las márgenes del Genil. ¡Oh! de seguro, la Batalla de las Navas de Tolosa es un hecho eminentemente épico, de los más adecuados para inspirar un canto de esta clase; con su verdad moral, su héroe, sus pasiones, sus otros personajes más ó menos

subalternos, sus contrastes, y hasta su *máquina*, si hemos de hablar en el lenguaje técnico de los preceptistas.

Así como en el siglo IV, en que se hallaba el mundo visiblemente corrompido, lleno de vicios, injusticias y crueldades; alucinado con los falsos dioses del paganismo y las falsas doctrinas de sus filósofos, ordenó la Providencia Divina que para destruir al imperio romano inundase sus provincias el torrente de los bárbaros del Norte, desbordado como las olas del mar que sobrepujan los más sólidos diques; así también, y por las mismas causas, á principio del siglo VIII el Oriente se precipitó sobre el Norte, cuyas potentes razas estaban ya gastadas y corrompidas, y tuvo origen el imperio de los Omniadas, que tan fecunda y brillante huella dejó en nuestra Península. Mas á su vez este imperio, minado por la serpiente de civil discordia, fué derribado por los enérgicos hijos del desierto y de las comarcas del Atlante; viniendo á ser entonces el África, como había sido en otro tiempo la Germania, un semillero inagotable de hordas y de tribus, que no dejaban un momento de reposo á los hombres de la Europa, y más singularmente á los cristianos de nuestra España.

Los Almoravides, que habían arrojado de la Península á los Beni-omeyas, son á su turno derrocados por los Almohades, y Abdelmumen su jefe, se posesiona del vasto imperio del Yussuf: Abdelmumen, que es el Atila del Mediodía, y el que, delirando con la conquista de la Europa entera, hubo de significar á sus emisarios que había resuelto plantar el estandarte del Profeta sobre la cúpula de San Pedro; así como en su época el caudillo de los Hunos llegó á soñar en convertir al Vaticano en magnífico establo de sus briosos corceles. Un Rey de Castilla, no sin razón llamado el Noble, dirige desde Algeciras un reto audaz y arrogante al Emperador almohade de Marruecos, y por desgracia le paga demasiado caro en Alarcos;

en aquella infausta batalla en la que perecieron gloriosamente los mas de los caballeros de las órdenes militares. Engreidos los infieles con esta victoria, y con las que años antes habian logrado en Zalaca y en Uclés, deciden dominar mas por completo la Península Ibérica; y Mohamed, nieto de Abdelmumen, hace publicar por todas las provincias del Almagreb el *algihad* ó guerra santa, brindando con las delicias del Paraiso de Mahoma á los que sucumbiesen en la empresa. Innumerable muchedumbre de guerreros almohades desembarcan en playas españolas, resueltos á cumplir la bárbara amenaza del fundador de su dinastía; pero Alfonso VIII de Castilla, aprovechando felizmente la detencion que los caballeros de Calatrava hacen sufrir á la morisma delante de sus muros, se dispone á salvar la nave de su Estado de las terribles borrascas que se habian levantado en los desiertos de Zahara y en las cumbres del Atlas, amenazando sumergir en olas de roja sangre á la estremecida Europa.

Roma, Señores, la ciudad de los grandes destinos; la clave de las mudanzas profundas en el desenvolvimiento de las naciones; el consuelo de los infortunios; la única salvacion de las sociedades tanto antiguas quanto modernas, es conmovida por la poderosa voz del Pontífice Inocencio III, el cual, ofreciendo las gracias de una santa cruzada, hace entender á los guerreros cristianos que, no es solo en Palestina donde hay enemigos que combatir, ni es en Asia únicamente donde se ven amenazados los intereses idénticos del catolicismo y la civilizacion. Inflamados por el espíritu del sucesor de San Pedro los alentados fieles de diversas naciones, acuden presurosos á la capital de Castilla para pelear con los enemigos de su fe; y aunque los reyes de Leon y Portugal, retraidos por motivos personales, se niegan á concurrir á empresa tan gloriosa, y despues los extranjeros con frívolas excusas abandonan al castellano, éste no

desmaya, y en el mismo campo de Alarcos, teatro un dia de su desventura, recibe, como anuncio feliz de la gran victoria que el cielo le prepara, el importante refuerzo del rey de Navarra, que seguido de un brillante cuerpo de ejército viene á ponerse á sus órdenes. Llegó al fin aquel dia memorable en que las Navas de Tolosa fueron teatro de una de las victorias mas completas de la Cruz sobre la Media-luna; victoria que, por todos sus antecedentes y todas sus circunstancias, demuestra la accion providencial de Dios en este acontecimiento inolvidable. ¿Cómo, si nó pudiérais explicar que no desmayasen los castellanos por el abandono de los cruzados extranjeros? Cómo la aparicion de aquel pastor, que por ignorada senda sacó al ejército cristiano de las Termópilas en que se hallaba gravemente comprometido, y le condujo á la llanura en que con menos desventaja pudo lidiar y vencer? Cómo, en fin, el resultado portentoso de esa batalla de tan prolongada duracion y tan extraños incidentes, la mas grande que se habia reñido desde los tiempos de Atila, y en la cual pelearon los españoles con sextuplicadas fuerzas contrarias y no tuvieron sino una pérdida insignificante á proporcion del gran destrozo que hicieron en sus enemigos? ¡Ah! con sobrada razon se ha dicho, que la Batalla de las Navas, como otras épocas de la historia y como la historia misma, no es explicable ni por la ley del progreso indefinido, ni por la fatalidad, ni por la lucha de la inmovilidad con la movilidad, ni por el movimiento espontáneo, ni por el principio de que la humanidad está destinada á tejer y destejer la tela de su vida, caminando en líneas perpetuamente circulares: solo tiene explicacion por la Divina Providencia, que unas veces obra naturalmente dejando desembarazada la accion de las causas segundas, y otras de una manera sobrenatural ordenando los acontecimientos de un modo inmediato y milagroso. Por esta razon la Iglesia ha consagrado el dia 16 de Julio al Triunfo de la Santa

Cruz, y celebra una festividad religiosa de las mas solemnes en memoria de aquel portentoso hecho de armas, que allanó el camino de la conquista de Sevilla al Santo Rey Fernando III, y franqueó á los Reyes Católicos las puertas de nuestra Ciudad; viniendo á desenlazarse, al cabo de ocho siglos, en una de las torres de la Alhambra la grandiosa epopeya que tuvo su principio en la cueva de Covadonga.

Ved, Señores, si con sobrada razon la Batalla de las Navas de Tolosa ha sido considerada como un asunto eminentemente épico. Mas permitidme una triste observacion hecha por casi todos los críticos, así propios como extraños.

Nuestra España, cuyas particulares condiciones son tan á propósito para que se hubiese desarrollado aqui la poesía épica mucho mas que en parte alguna; este suelo, en el que se plantó por Julio César el plátano judaico, y por Abderraman la palma del Oriente; esta Nacion, que durante muchos siglos fué teatro de las mas grandes revoluciones políticas y sociales y de las mas hazañosas empresas; este pueblo, cuyo heroismo fué siempre igual, mostrándose lo mismo en Sagunto que en Numancia, en Tarifa que en Zaragoza, en las Navas que en el Salado, en el Garellano que en Otumba, en Pavía que en Lepanto; esta patria de héroes, que llena de admiracion á dos mundos con sus Pelayos y Cides, sus Pulgares y Fernandez de Córdoba, sus Cortés y Pizarros, su marqués de Santa Cruz y su infante D. Juan de Austria, apenas tiene un poema épico digno de su carácter y de su historia, despues de que en el semi-épico del Cid se adelantó al Dante no menos que en un siglo. ¿Será tal vez que nuestra España ha escrito su epopeya en su característico romancero? Lo cierto es, que cuando no se produjo en el siglo XVI un verdadero y acabado poema épico español, al que tanto se prestaba el espíritu religioso y caballeresco de la época, es

muy difícil hacerlo en el siglo XIX, cuando por desventura nos envuelve la deletérea atmósfera de los intereses materiales, y es punto menos que imposible levantar el ánimo cuanto se necesita para obtener la inspiracion de una Iliada, una Jerusalem libertada ó un Paraíso perdido.

Esta es la realidad, Señores, por mas que sea doloroso confesarla; y en este convencimiento, no deberá extrañaros que de las nueve composiciones presentadas sobre la batalla de las Navas de Tolosa, en las mas de las cuales hay, sin la menor duda, rasgos y accidentes de un mérito no vulgar, no haya podido encontrarse una que tenga todas las condiciones indispensables, con sujecion al programa, para merecer el premio.

El Jurado, en verdad, ha encontrado algun canto exactamente histórico, que pudiera pasar como poema narrativo; mas la Academia habia manifestado que le queria épico y no de ese otro género; por lo cual no era lícito desatender los deberes que tan explícita determinacion imponia. Del propio modo hemos visto algun otro canto rico de galas poéticas, abundante en imágenes y escrito casi todo él con espontaneidad é inspiracion; pero no era del caso apreciar un lirismo de mayor ó menor elegancia, cuando faltaban todos los requisitos de la epopeya. Por último, no ha dejado de haber algun trabajo que por su plan se aproximaba lo bastante al poema épico, aunque desgraciadamente ha hecho imposible la adjudicacion de un premio á su autor, la absoluta carencia de las otras circunstancias de que el Jurado no podia prescindir, tocante á los caracteres y el estilo. Tenemos, pues, Señores, el sentimiento de no haber podido adjudicar el honroso laurel ofrecido por la Academia, á ninguno de los autores que se han servido remitir sus composiciones sobre el asunto épico señalado en el programa.

No sucede otro tanto por lo relativo á las odas, que han sido

quince, y de ellas calificamos como digna de la rosa de oro á la que lleva por lema este versículo del Eclesiástico: *Felix qui non habuit animi sui tristitiam, et non excidit à spe sua*; y de la rosa de plata, á la que ofrece por distintivo estos versos de Campoamor:

*Tan grande es tu poder, tu hechizo es tanto,
que tu hermosura es tu menor encanto.*

Reflexionemos por algunos instantes sobre el asunto y el mérito de estas dos composiciones, y el Jurado se promete que os asociareis á su juicio.

Un crítico moderno ha observado, con razon, que la poesía española mostró desde su cuna una tendencia marcada á ser decididamente lírica; es decir, de ese género al que da vida el entusiasmo, que no está sujeto á reglas uniformes, ni consiente una ilacion rigurosamente lógica; por mas que siempre se deba exigir que haya un pensamiento dominante, sin el cual no habria la unidad que es requisito esencial en cualquiera obra de imaginacion. El *bello desorden* de la oda, como dicen los preceptistas, no puede ser una perniciosa confusion, que degenera en una extravagancia reprehensible y en un insoportable delirio. La *Oda*, que segun es notorio, tanto quiere decir como *canto* ó *himno*, si tiene siempre por objeto principal un sentimiento, es caracterizada sobre todo por su espíritu y su manera; y no es dado decir que su estructura puede ser completamente arbitraria y de todo punto caprichosa.

La extremada libertad que tocante á la versificacion se toman algunos escritores, aumenta de un modo nada conveniente el desorden natural de la lírica; como nota uno de los maestros del arte poética. Si se prolongan demasiado los períodos, empleando muchas y diversas medidas, usando con exceso la variedad de versos largos

y cortos, y poniendo tanta distancia entre los consonantes que se pierda la melodía, se corre el riesgo de faltar á la condicion indispensable de la poesia lírica, cual es, que las composiciones tengan música y puedan recitarse acompañadas de la lira ú otro instrumento melodioso. Por esta razon en el poema lírico debe atenderse con especial cuidado á la sonoridad, y se tienen por mejores aquellas odas que se hacen mas sensibles al oido, gracias á la buena proporcion de sus estrofas y á la acertada combinacion de la rima y el metro. Está reconocido que las odas no deben tener mucha extension en sus estancias, por el motivo que acaba de indicarse, á mas de que el entusiasmo no puede durar mucho tiempo, y este género de poesía exige movimiento y celeridad; siendo las de mas recomendable estructura aquellas en que no pasan las estrofas de seis, ocho ó á lo mas diez versos, por lo comun endecasílabos y eptasílabos mezclados conforme el gusto del autor. Nuestros principales líricos, tales como Herrera, Rioja, Fray Luis de Leon, Villegas, Melendez y Cienfuegos, se han acomodado generalmente á estas prescripciones; y el Jurado no se ha podido dispensar de rendir homenaje á estos principios, al tiempo de juzgar las quince odas sujetas á su exámen y calificacion.

La premiada con la rosa de oro está escrita en estrofas de seis versos y tres consonantes combinados de esta suerte: 1.º con 3.º y 4.º; 2.º con 5.º y 6.º; de lo cual resultan dos pareados seguidos, que dan á las estancia mucha rotundidad y firmeza, y hacen muy sonoro y melodioso el canto. Su metro es el endecasílabo y el eptasílabo alternados de la manera ya expresada; y esta medida, aquella construccion, y si se quiere, la misma dificultad de hacer cada estrofa de seis versos con dos solos consonantes, han parecido al Jurado un mérito no desatendible, que se debe tomar en cuenta para ejecutar una crítica detenida y concienzuda, por medio de un

análisis escrupuloso. Sin embargo, no es esta la grande cualidad que distingue á la oda de que tratamos, ni mis entendidos compañeros hubieran fundado exclusivamente su juicio en la belleza de la forma; porque saben muy bien que una cosa es la poesía, y otra de menos importancia es la versificación, hasta el punto de que algun escritor de irrecusable autoridad opina que la mejor estructura del poema lírico sería la de los versos libres. Pero la oda premiada con la rosa de oro tiene mayores excelencias; cuales son: el buen tratamiento del asunto; la idea moral que preside á toda ella; el sentimiento que se rebosa y es de una verdadera inspiración y un entusiasmo evidentemente lírico; lo levantado de los conceptos, en los que, si á veces puede temer el crítico que se extravíe el poeta, no hay al fin el vicio condenado en nuestra literatura con el nombre de culteranismo; la belleza, analogía y oportunidad de las imágenes; la elevación y pompa del estilo, y la manera decorosa y elegante de hablar en el tono y con el colorido, el claro-oscuro y las pinceladas ora valientes ora suaves, que convenian tratándose de un sentimiento y una virtud, que ya en el orden psicológico, ya en el teológico, es siempre un asunto que se presta grandemente á los arranques poéticos, á la melodía, y por decirlo de una vez, á los variados tonos del lirismo.

El poeta considera á la Esperanza como virtud teologal, y así la hace decir:

«Yo soy la alta virtud que entre el divino
seno de Dios y el seno
del hombre abriendo mágico camino,
muestra al hombre el destino
que le está reservado en el sereno
Paraiso inmortal de glorias lleno.»

Después de invocarla en la introducción de la oda, diciéndola en un verso muy sonoro,

«Yo seré tu cantor, tú mi destino,»

aunque desconfiando luego de sus propias fuerzas, añade:

«¡Ay! si el ardor que enciende el alma mia
inflamára mi acento,
yo, Esperanza, tus triunfos cantaria;
y al mundo asombraria
el himno que en mi mente surgir siento,
si cantase mi voz mi pensamiento,»

emplea el ingenioso artificio de llamar á la Esperanza, como anhelante de verla en su personificación para mejor describirla, y usa este apóstrofe lleno de valentía y entusiasmo:

«¡Sol de la humanidad, ven al Oriente!»

Al fin se la representa y nos la pinta con tan extraordinaria verdad, que no parece sino que la está mirando en una estatua de Miguel Ángel ó de Alonso Cano, llena de aquella vida inmaterial que se alaba en el Apolo de Belvedère.

«Coronada de rosas y de encina
trae la noble frente;
en la mórbida diestra peregrina
el áncora divina,
y la siniestra en actitud ferviente

al cielo señalando reverente.
 Centellean sus ojos con sagrado
 fuego, entre opacas brumas;
 como el rayo en las nubes inflamado;
 y el éter azulado
 bate y convierte en fúlgidas espumas
 de sus rizadas alas con las plumas.»

Aquí hay poesía, Señores; hay ese atrevimiento que ganará siempre para los cantores de la inspiracion el título que les da el mismo autor de esta oda, cuando les nombra de este modo:

«los poetas, del cielo escaladores.»

Mas si quereis saborear trozos escogidos de verdadera poesía, que no depende solo de la estructura de la frase, sino de la oportunidad de las imágenes y galanura de los conceptos, detenéos en estas bellisimas estancias:

«Oid, oid su acento; que es mas grato
 que el son del arroyuelo
 el melodioso son de su relato:
 eco de amor innato;
 música que destierra el desconsuelo,
 idioma dulcísimo del cielo,»

«Rugen del mar las olas; zozobrando
 tiembla rota la nave;

el huracan la empuja rebramando,
 y el náufrago llorando
 acude á Dios en el peligro grave:
 yo entonces soy el zéfiro suave.»

«Venid á mí, mortales: yo soy rio
 de plácidas corrientes,
 y es vuestra vida un dia del estío:
 bebed el cristal mio;
 templad en mí la sed, y vuestras frentes
 refrescad con mis linfas transparentes.»

Basta ya, Señores: las muestras que os he presentado son suficientes para dar el necesario fundamento á la justicia con que ha sido adjudicada la rosa de oro al autor de esta oda. Podrán, sin duda, descubrirse en ella algunas incorrecciones; pero ¿qué obra humana está libre de imperfeccion? ¿Hay un diamante que, bien examinado con el microscopio, no tenga algun defecto? ¿No se ven manchas hasta en el sol? ¡Ay de las obras maspreciadas de los mejores artistas y poetas, si aplicándolas con impiedad el escalpelo de una crítica implacable, se penetra en sus entrañas, para hallar sus descuidos ó sus errores! Mas no es esta la manera de juzgar desapasionadamente, y el Jurado ha creído que debía perdonar algunas pequeñas faltas, compensadas, con ventaja muy conocida, por lo mucho bueno que ha debido apreciar en la esencia y en la forma de la composicion que ha calificado como digna del primer premio entre los poemas líricos remitidos al certámen.

De menos pretensiones, pero lindísima y dotada de cierta origi-

nalidad, es la otra oda que ha merecido la rosa de plata. Está escrita en estrofas mas sencillas y de mas fácil construccion; porque son de diez versos y en cada una hay cinco diferentes consonantes; con cuyo auxilio es menos árduo hacer una oda, que no con estancia de seis versos y dos solos consonantes, tres veces repetidos. En cambio, y sin fijarse el Jurado mas de lo que era debido en esta circunstancia, la composicion á que ahora me refiero se distingue por su naturalidad y sencillez, y especialmente por la buena manera de venir á parar en las excelencias de la Esperanza, la cual parece haber sido considerada por el autor principalmente como sentimiento, en el orden psicológico. Ved, Señores, cómo principia el poeta, usando un medio ingenioso y oportuno.

«Qué no arrebatara en su veloz carrera
el tiempo destructor? Qué no aniquila?
De su guadaña fiera
libre no está la inmensurable roca
que arrogante y tranquila
del huracan la cólera provoca,
ni la sencilla rústica cabaña,
ni el soberbio palacio,
ni cuanto puebla el anchuroso espacio
y el claro sol con sus fulgores baña.»

Y despues de ir notando los efectos del tiempo en el mundo material y en el espiritual, contristado al ver que todo lo consume su inevitable accion, de tal suerte que con razon sobrada los antiguos le representaban como una deidad terrible que devoraba incesantemente á sus propios hijos, pregunta si no hay alguna cosa que se preserve de su voracidad, y se contesta en estos términos.

»Y nada habrá que su furor no asombre?
Nada habrá que en los siglos se eternice;
que perenne en el hombre
y perenne en su raza siempre exista;
que á través se deslice
del tiempo y á sus impetus resista?
Sí! la conciencia á descubrirlo alcanza!
Y ese prodigio raro,
de la gloria eternal destello claro,
de Dios emanacion, es la Esperanza!»

Mas el autor no ha tenido por conveniente profundizar en su asunto, ni darnos un trabajo completo, como sin duda alguna es capaz de hacerle, sobre tan fecunda materia: él mismo dice en la última estrofa.

«Cuán grata eres al hombre! Cuánto y cuánto
te debiera ensalzar, virtud sagrada!
Pero mi pobre canto
solo esta ofrenda tributarte puede,
y á voz mas inspirada
el privilegio de encomiarte cede.»

Por otra parte: en esta oda, tan corta como linda, se notan algunos descuidos que no se pueden disimular en una crítica severa; mayormente en la segunda estancia, en la que por dos veces se incurre en el error (muy comun en nuestros dias) de usar el subjuntivo haciendo veces de pretérito de indicativo. Pero aun así y todo, el Jurado conceptúa ser esta oda digna del segundo premio, por las bellezas que la distinguen, y las cuales hacen olvidar sus leves imperfecciones.

No son , de modo alguno , merecedoras de un completo desden todas las otras composiciones líricas presentadas. Hay entre ellas algunas de un mérito no comun , y si permitido fuera citarlas , yo me complaceria en ofreceros las ricas perlas engastadas ya en un lado ya en otro de la corona poética que pudiera formarse con esos poemas abundantes en imágenes bellisimas, pensamientos delicados y galas del estilo. Sin embargo , lo que de bueno tienen las odas á que aludo , se puede comparar con las contadas flores de exquisita fragancia colocadas en un ramo , en el cual hay junto á ellas otras en mayor número incapaces de cautivar la atencion; de tal manera que aun cuando el ramo esparce un agradable perfume , al desahacerlo y examinarlo no se pueden alabar ni el conjunto ni muchas de sus partes. A lo menos el Jurado ha creído , de buena fe y con sincera y profunda conviccion , que las mejores poesías entre las presentadas son las dos que se ha señalado , en el órden que por su mérito respectivo están llamadas á ocupar.

Tal es, Señores, el resultado de las deliberaciones del Jurado de calificacion. Una sola cosa me queda que consignar, y os la diré con grande satisfaccion mia. El Jurado se ha detenido mucho para juzgar, y ha discutido muy despacio antes de formular sus apreciaciones; pero sus fallos han sido todos unánimes. La responsabilidad moral que podemos tener, en cambio de la distinguida honra que nos ha dispensado la Academia, es absolutamente solidaria. Nuestros aciertos ó nuestros errores son comunes, y respondemos todos por cada uno, y cada uno por todos.

He dicho.

LA ESPERANZA.

ODA

DE DON JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR,

PREMIADA CON LA FLOR DE ORO.

Felix, qui non habuit animi sui tristitiam,
et non excidit à spe sua.

(ECCLESIASTICI, CAP. XIV, V. 2.)

Feliz, el que no tuvo tristeza de su ánimo,
ni decayó de su esperanza.

¡ Aura del cielo ! ¡ mágica Esperanza !
¡ iris de paz , divino !
¡ faro brillante ! ¡ signo de bonanza ,
que asoma en lontananza ,
tras el deshecho temporal marino !
Yo seré tu cantor , Tú mi destino .

¡ Qué hermosa eres ! Celestial promesa
que la paz afianzas ;
¡ cómo tu nombre al ánimo embelesa !
¡ oh dicha que no cesa !
¡ oh manantial de eternas bienandanzas !
¡ oh Esperanza de dulces esperanzas !

Á Tí elevo mi canto, y en Tí espero.
Desde el cielo al profundo
llegar puede tu luz, divo lucero;
estrella del viajero,
abre tu disco espléndido y fecundo:
manda tu luz al desmayado mundo!

Tu luz, tu blanca luz serena y pura,
clara y resplandeciente,
inunde el seno de la tierra impura
presa de honda amargura,
que los seres te esperan nuevamente:
¡Sol de la humanidad, ven al Oriente!

Alumbra nuestras noches tenebrosas
de angustias y dolores;
puéblalas de ligeras mariposas,
de brisas armoniosas,
de aves sencillas y lozanas flores;
llénalas de ternísimos amores!

Brota, Esperanza, cual la clara fuente,
que surte los aduares,
de las arenas del desierto ardiente;
como el sol esplendente
brota en los climas gélidos polares
del ampo terso de los niveos mares.

¡ Ah! miradla; ella es; es la Esperanza!
mensajera celeste;
de cielo y tierra mística alianza,
que Dios al mundo lanza!
¡ ved cómo ondea en el brillante leste
la fimbria hermosa de su blanca veste!

¡ Oh! no es tan bello el luminar del día
al nacer de la aurora,
madre de la belleza y la alegría;
como la imágen pia,
como la sacra faz encantadora
de la Esperanza que el mortal adora.

Vedla : desde su cándida cabeza
hasta sus leves plantas,
irradia su mirífica belleza.
¡ Qué tintas de pureza
su rostro animan; y sus labios, cuántas
sonrisas vierten y delicias santas!

Coronada de rosas y de encina
trae la noble frente;
en la mórbida diestra peregrina
el áncora divina,
y la siniestra, en actitud ferviente,
al cielo señalando reverente.

Centellean sus ojos con sagrado
fuego, entre opacas brumas,
como el rayo en las nubes inflamado;
y el éter azulado
bate y convierte en fúlgidas espumas
de sus rizadas alas con las plumas.

¡ Vedla! flota su clámide ligera
al viento desplegada:
la túnica ceñida con austera
castidad, su hechicera
forma muestra á la rápida mirada
del alma que la busca atribulada.

¡ Ay! si el ardor que enciende el alma mia
inflamara mi acento;
yo, Esperanza, tus triunfos cantaria,
y al mundo asombraria
el himno que en mi mente surgir siento,
si cantase mi voz mi pensamiento.

¿Quién eres Tú, Esperanza? ¿por qué vienes
con las benditas manos
llenas de inmensos y anhelados bienes?
¿qué excelsa mision tienes
que cumplir, por decretos soberanos,
entre nosotros, míseros humanos?

Háblanos Tú, Esperanza bienhechora;
dínos cuál es el nombre
del que te envia, en tan solemne hora,
á este valle en que mora
débil y peregrino y triste el hombre.
¡Habla, y tu voz al universo asombre!

¡Oid, oid su acento, que es mas grato
que el son del arroyuelo
el melodioso son de su relato!
eco de amor innato;
música que destierra el desconsuelo;
idioma dulcísimo del cielo!

—»Yo soy la alta virtud que de Dios nace,
y en el Empíreo crece,
y desciende á la tierra, y satisface
las promesas que hace
Dios al mortal, si humilde le obedece
y sus dolores íntimos le ofrece.»

»Yo soy la alta virtud que, entre el divino
seno de Dios y el seno
del hombre, abriendo mágico camino,
muestra al hombre el destino
que le está reservado en el sereno
Paraíso inmortal, de glorias lleno.»

»Yo soy aquella luz que clara ardia
en la triste conciencia
del pecador Adan, el primer dia
que humillado caia,
llorando su fatal desobediencia,
ante la augusta y sacra Omnipotencia.»

»Yo soy la que alumbró los sacrificios,
el ara y el santuario
de la Mosáica grey: ciertos indicios
de que, contra los vicios,
consumarse debia el sanguinario
último sacrificio del Calvario.»

»Mi rayo se mezcló con los albores
que, en los primeros dias
de la creacion, trajeron los fulgores
del Cristo de dolores
que anunciaron las sábias profecías
de Abraham, de David y de Isaías.

»Y cuando el Cristo Redentor, clavado
en la Cruz, espiraba;
Yo bajé hasta su pecho acongojado
y recogí el sagrado
final suspiro en que la vida daba,
y en que la Ley de gracia se fundaba.»

»¡ Oh! desde aquel momento tremebundo
en que al linaje humano
regeneró aquel bálsamo fecundo
del Salvador del mundo,
Yo mitigo el enojo soberano
y reino en el espíritu cristiano.»

»Sí: reino con la Fe, que alumbra y guia
al que en la duda llora:
con la gran Caridad, hermana mia;
y en tan santa armonía
moramos en el justo, que él ignora
á cuál de las virtudes mas adora.»

»Por eso cuando el universo gime
en hondas amarguras,
y la cadena de Luzbel le oprime;
la voluntad sublime
de su Libertador, á las criaturas
me ordena consolar con mis dulzuras.»

»Astro soy yo del Testamento nuevo:
virtud del Cristianismo:
maga que lucha con el rudo erebo:
mi vida será un evo,
y mi poder, por gracia de Dios mismo,
gloria del cielo, espanto del abismo!»

»Así, cumpliendo la mision sagrada
que tengo recibida
de El que sacó los orbes de la nada,
siempre estoy preparada
á remediar los males de la vida,
y al hombre doy mi cariñosa egida.»

»Yo le visito cuando arrastra aislado
la ferrada cadena:
cuando en playa extranjera desterrado,
por el hogar amado,
por sus padres, sus hijos y su buena
esposa fiel, devórase de pena.»

»Yo á esos hijos y padres y á esa esposa
tambien busco y visito,
y mitigo su pena dolorosa;
y vuelo cuidadosa
de una á otra playa, y de su amor bendito
caricias cambio, y lágrimas evito.»

»Rugen del mar las olas; zozobrando
tiembla rota la nave;
el huracan la empuja rebramando,
y el náufrago llorando
acude á Dios en el peligro grave!...
Yo entonces soy el céfiro suave.»

»En la siniestra y lúgubre capilla
yace exánime el reo:
su mirada suspensa ya no brilla:
su pálida mejilla
secó la fiebre: ofúscales el mareo:
ni el odio le reanima ni el deseo...»

»¡No vive!... es arrastrado hasta la cumbre
del sitial afrentoso
entre la impía y loca muchedumbre...
Yo, entonces, de mi lumbre
enciendo en él un rayo poderoso,
y á Dios llevo su espíritu animoso!»

»Todos, todos los seres racionales
me deben patrocinio:
mi presencia es la ausencia de los males;
y, por causas iguales,
la ausencia de mi célico dominio,
la desesperacion y el exterminio.»

»Mirad, si nó, cuando mi ayuda invoca
el hombre que me ama,
cómo las iras de Satan provoca,
y firme, cual la roca,
ante el infierno que irritado brama,
de Dios recibe honor, del mundo fama.»

»Ved los héroes gigantes de la tierra;
los genios creadores;
los invencibles brazos de la guerra
que á la maldad soterra;
los artistas, de Dios ejecutores;
los poetas, del cielo escaladores!»

»Ved los humildes, santos misioneros,
que dejan sus hogares,
y el Océano cruzan los primeros,
para elevar austeros
en otros climas, tras los anchos mares,
al verdadero Dios templos y altares!»

»Ved, en fin, á los mártires; su aliento
soy Yo, viva Esperanza
en medio de la muerte y del tormento:
Yo, la que les presento
la corona beatífica que alcanza
el mártir en la bienaventuranza!»

»Y ved también á los que Yo abandono
porque locos me niegan,
si su rebelde obstinación no abono:
víctimas de su encono,
con presunción desesperada ciegan,
y vida y alma á Satanás entregan.»

»Cain! Judas!... mas ¡oh! córrase el velo
de los desesperados!
Yo, que soy la Esperanza y el consuelo,
la enviada del cielo,
no vengo á recordar los ya juzgados
tristes seres que expian sus pecados.»

»Venid á mí, mortales, yo soy río
de plácidas corrientes,
y es vuestra vida un día del estío:
bebed el cristal mío;
templad en mí la sed, y vuestras frentes
refrescad con mis linfas transparentes!»

»Venid, y abridme el alma solitaria,
enferma y dolorida,
como la misteriosa pasionaria!
¡Escuchad mi plegaria,
y estaré con vosotros reunida
hasta en los limbos de la eterna vida!—»

Así dice; y tal es la virtud bella
que yo en mis versos canto:
quizás la melancólica querella
que levanté hasta ella,
no será digna de su auspicio santo:
que poco soy para aspirar á tanto.

Mas, si á tamaña altura, temblorosa
mi voz débil no alcanza,
la de la humanidad es poderosa;
y fuerte y clamorosa
á los cielos con ímpetu se lanza;
y bajará en su auxilio la Esperanza!

Á LA ESPERANZA.

ODA

DE DON ANTONIO CORZO Y BARRERA.

PREMIADA CON LA FLOR DE PLATA.

Tan grande es tu poder, tu hechizo es tanto,
Que es tu hermosura tu menor encanto!
(CAMPOAMOR.)

Qué no arrebatara en su veloz carrera
el tiempo destructor? qué no aniquila?
De su guadaña fiera
libre no está la inmensurable roca
que arrogante y tranquila
del huracan la cólera provoca,
ni la sencilla rústica cabaña,
ni el soberbio palacio,
ni cuanto puebla el anchuroso espacio,
y el claro sol con sus fulgores baña.

Él marchita las hojas de las flores,
él las roba su aroma y su frescura,
las roba sus colores;
él seca del arroyo la corriente
que cristalina y pura

fecundara los campos mansamente :
todo, su encono á dominarlo llega :
 y el pueblo, cuya gloria
fuera el asombro de la humana historia,
la altiva frente á su segur doblega !

Y no juzgueis que su furor violento
solo en el mundo material impera :
 el ponzoñoso aliento
con que roba á las flores su perfume,
 de la misma manera
las galas del espíritu consume ;
y la fe, y el valor, y la inocencia,
 y el amoroso fuego,
vemos en humo convertidos luego
de su soplo fatal á la inclemencia !

Él anubla del genio los destellos,
él sin piedad del entusiasmo apaga
 los manantiales bellos,
él la memoria agota y entorpece ;
 y su cólera aciaga
de día en día sin descanso crece :
así como en su furia aterradora
 cuando el tigre rugiente
clava en la presa su enconado diente,
más apetece cuanto más devora !

Y nada habrá que su furor no asombre ?
Nada habrá que en los siglos se eternice ;
 que perenne en el hombre
y perenne en su raza siempre exista ;
 que á través se deslice
del tiempo y á sus ímpetus resista ?
Sí ! la conciencia á descubrirlo alcanza !
 Y ese prodigio raro,
de la gloria eternal destello claro,
de Dios emanacion, es la ESPERANZA !

Sí ! Tú sola, *Esperanza*, eternamente
en nuestro pobre corazon te abrigas,
 y así al niño inocente,
como al jóven fogoso, y al anciano,
 tus consuelos prodigas,
y noble tiendes cariñosa mano !
Sin Tí el pobre mortal, ay ! qué sería ?
 Nave que no halla puerto,
peregrino perdido en el desierto,
planta que muere abandonada y fria !

Benéfica *Esperanza* ! Tú al que llora
colmas de gozo y celestial consuelo,
 y el alma que atesora
dolores y martirios, por Tí espera
ser dichosa en el cielo !

Tú al infeliz que en servidumbre fiera
se agita con dolor, muestras piadosa
la luz plácida y pura
de un porvenir de amor y de ventura!
de un porvenir de libertad preciosa!

Tú al que combate por la patria osado
aliento das, y generoso brío!

Tú al que yace postrado
en el fúnebre lecho de la muerte,
le infundes valor pio,
resignacion para sufrir su suerte!

Muestras á aquel de la victoria ansiada
la palma triunfadora;
y al moribundo la brillante aurora
de la ventura que le está guardada!

Tú al varon justo en su piedad mantienes;
Tú al criminal de su fatal camino
con un soplo detienes;
por Tí sufre el mendigo desgraciado
su mísero destino,
viviendo en su infortunio afortunado;
por Tí tambien la bella enamorada,
que de su dueño ausente
vierte el llanto de amores inocente,
no sucumbe á su pena despiadada!

Dónde, dónde tu huella misteriosa
no ve estampada en su camino el hombre?

El áura veleidosa,
colinas y praderas recorriendo,
tu sacrosanto nombre
ligera sin cesar va repitiendo!
y en el rugido de la mar tonante,
y en la tormenta impía,
y en la enlutada noche, y en el día,
pienso escuchar tu voz, ver tu semblante!

Cuán grata eres al hombre! Cuánto y cuánto
te debiera ensalzar, Virtud sagrada!

Pero mi pobre canto
solo esta ofrenda tributarte puede,
y á voz mas inspirada
el privilegio de encomiarte cede!
No mas! no mas! las cuerdas de mi lira
te dan su *adios* postrero,
y el eco de mi canto lastimero
del viento en alas murmurando espira!

LEMAS

DE LAS POESÍAS PRESENTADAS PARA LOS JUEGOS FLORALES, QUE HAN
TENIDO EFECTO EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA DE ESTA
CIUDAD EL PRESENTE AÑO DE 1857.

CANTOS:

LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

Nunca la gloria del nombre cristiano pareció mayor.
(Mariana.)

In hoc signo vinces.

¡Oh patria! oh dulce nombre! te oigo apenas,
Y agítase mi pecho, arden mis venas.

Alacab.

Tu es Deus, qui facis mirabilia,
Notam fecisti in populis virtutem tuam,
Redemisti in brachio tuo populum tuum.

Esta victoria la dió Nuestro Señor á la Cruz; y destruyó Dios el
escuadron de los moros, con el cuchillo de la Cruz.

(Bleda: Crón. de los Moros en España, lib. 4.º, cap. 2.º)

Fué de Jerusalem nueva jornada,
Digna de su valor y de su espada.

Cantar lo grande es alabar á Dios.

»Archiepiscopo, ego et vos hic moriamur.»—Qui respondit ei:
»Nequaquam immo hic prevalebitis inimicis.»

(Descripción de la Batalla de las Navas por el Arzobispo D. Rodrigo.)

ODAS:

LA ESPERANZA.

Felix, qui non habuit animi sui tristitiam,
et non excidit à spe sua.

(Eclesiástico, cap. XIV, v. 2.)

Tan grande es tu poder, tu hechizo es tanto,
que es tu hermosura tu menor encanto.

(Campoamor.)

Esperar es vivir.

Loor á las bellas letras.

Quod spiro et placeo, si placeo tuum est.

(Horacio.)

Spes etiam validá solatur compende victum.

(Séneca, lib. 1.º, D. 1.º)

Dulce esperanza mía,
que rompiendo imposibles y malezas.

(Cervantes.)

Ella solo es el escudo
donde el cuchillo agudo
la adversidad embota; ella convierte
en deleite el dolor, la ruina en gloria.

(Quintana.)

Tu es, Domine, spes mea.

(Psalm 90, v. 9.)

Glockchenlied.

Hay un Dios! tierra y mar y fuego y viento
Cantando están á un tiempo en su alabanza;
Revela su hermosura el firmamento,
Su bondad infinita la esperanza.

Parióme adrede mi madre,
ojalá no me pariera.

(Quevedo.)

Santificad las esperanzas, y hallareis desnudas de esplendor las
ambiciones.

(San Agustín.)

Tanto si escribo en verso como en prosa,
clavel llamo al clavel, rosa á la rosa;
mientras mi primo escribe algarabía,
que dicen ser sublime poesía.

La Esperanza es la siempreviva del dolor.

Granada 29 de Noviembre de 1857.—JOSÉ GARCÍA.

